

Jaime Malet Perdigó

¿Adónde vas, Catalunya?

La independencia no es posible. No hay interés de las grandes potencias, ni mecanismo internacional que invocar (como nos recordó Ban Ki Mun). La comunidad internacional no apoyará nunca una secesión en Occidente que podría consolidar una nueva tendencia amenazante para la gobernanza mundial. Tampoco interesa facilitar la ruptura al 90% de los españoles; aquel gobierno que la permitiera sería poco democrático. Y, por último, hoy sabemos que no sólo no hay mayoría abrumadora (para crear un nuevo país se necesita obviamente un gran soporte), sino que no se llega ni al 48% de los votos ni al 37% del censo. Pensar que España —un país que ha superado décadas de terrorismo atroz— va a dejar sin cobertura a más de la mitad de los catalanes no es realista. Por ello, es importante trasladarle a la población, como hizo recientemente el lehendakari Urkullu, que este es un proyecto imposible.

En cambio, de seguir así sí parece que podemos ir a otro escenario: movilizaciones ciudadanas, ruptura de lazos afectivos, soflamas continuas, afrentas, pleitos y grandes fechas históricas que se sucedan mes tras mes. Un escenario de ingobernabilidad y desobediencia de leyes en el que los políticos serán los grandes protagonistas, mientras se desgarran las familias, las escuelas y los amigos, el talento y la inversión miran hacia lugares más tranquilos, y las familias, especialmente las más débiles, se empobrecen gradualmente.

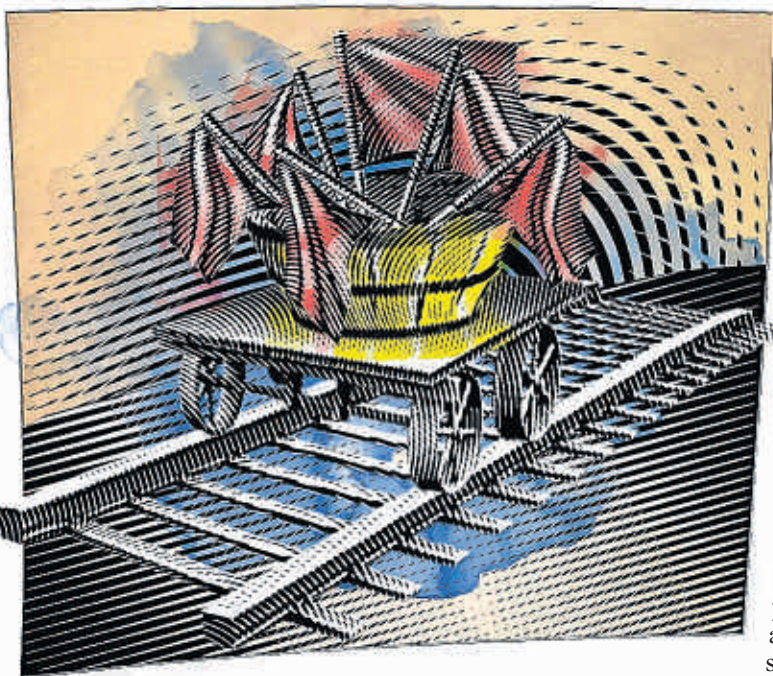
Este no es un “discurso del miedo”, es un discurso del “mucho miedo” ante un supuesto posible que cualquier persona razonable debería prever. ¿Alguien cree que se está dando una imagen de estabilidad y sentido común al mundo? ¿Conseguiríamos hoy unos Juegos Olímpicos o la sede de una editorial líder en español, por poner claros ejemplos?

Catalunya ha casi triplicado su PIB per cápita desde 1978. Su sanidad es una de las mejores del mundo pese a los recortes (como la del resto de España). Las calles están cuidadas y se puede andar por ellas con seguridad. Catalunya tiene sus cuatro capitales unidas

J. MALET PERDIGÓ, presidente de AmChamSpain

por el AVE, un caso único. Uno de los mejores aeropuertos que puedo recordar. Dos puertos internacionales de primera clase. Educación gratuita. Y así un largo etcétera que se ha mantenido, milagrosamente más bien que mal, pese a una crisis global. Los catalanes que viajamos, si somos sinceros, debemos reconocer que para ser la cuna de un pueblo esquilado y sometido, no hay muchos sitios (de capacidades similares) tan ordenados e ímpolutos como nuestro próspero territorio.

En este lugar privilegiado de la tierra por su patrimonio cultural y por su climatología, una Catalunya verdaderamente *business friendly* podría aspirar a ser un actor global en ciencia y en tecnología, en educación, en



JAVIER AGUILAR

emprendeduría y en atracción de talento.

Mientras ganamos fama internacional gracias a grandes manifestaciones y llamadas a la insurrección, tecnologías disruptivas de todo tipo están eclosionando y van a cambiar el mundo en pocos años, con nuevos retos y grandes oportunidades. Una región con tanto potencial no debería perder enfoque en un proyecto político imposible que puede hacernos descarrilar del tren del progreso.

Por otro lado, muchos de los males seculares de España se encuentran también aquí y, por mucho que corra, dudo que Catalunya pueda escaparse de sí misma: corrupción, poca meritocracia, monitoreo asfixiante de la sociedad civil, falta de mecanismos de control político, dejación de los deberes de rigor fiscal (que consiste en gastar lo que se tiene y

no lo que uno considera que debería tener) y sobre todo inexistencia de lo que llaman los anglosajones *accountability*, es decir, dar cuenta constantemente del dinero que se administra frente a los contribuyentes. ¿Puede alguien negar que todas esas lacras también existen, y bien asentadas, en Catalunya? ¿Quién puede pensar que desaparecerán con más y no con menos lío?

Hay mucho por mejorar, como los trenes de cercanías o el corredor mediterráneo. También es necesario mejorar el sistema de financiación y la solidaridad con otras regiones pobres. Algunos creen que hay que blindar la cultura y la enseñanza del catalán. Otros, que simplemente hay que mejorar la

enseñanza (transferida hace treinta años y en el furgón de cola en Europa según el informe PISA).

Muchos pueden pensar que estas razones y un desencuentro de años con el Estado son suficientes para crear un nuevo Estado, pero dudo que alguien piense que lo son para avalar el riesgo real: el de una bronca monumental durante años. Y otras cosas todavía más importantes, como el desempleo, la desigualdad o la merma de las pensiones no parecen que se vayan a arreglar, sino más bien a empeorar, en una Catalunya no independiente (que no será), sino ingobernable y perdida en su laberinto.

En definitiva, en este ambiente tan exaltado, los catalanes podemos perder lo ganado durante treinta años en democracia. La historia enseña que la prosperidad y la concordia de los pueblos no es inmutable. Por ello, debemos reivindicar pragmatismo a nuestros gobernantes y obligarles a que lleguen a soluciones pactadas sin necesidad de incendiar calles y estadios.

Que se expliquen riesgos y límites a la población. Que se dialogue hasta la extenuación. Que se deje de mirar lo que pasó hace 300 años, para pensar sólo en la gente de hoy, en las familias y en su bienestar, en crear puestos de trabajo y ayudar a los más humildes. En atraer empresas, talento y riqueza.

Catalunya tiene 47 votos en el Congreso, la segunda comunidad con mayor representación parlamentaria. ¿Podemos pedir que se utilicen esos votos tras el 20-D para mejorar lo que sea posible? ¿Estamos todavía a tiempo de reclamar el espíritu de convivencia, sensatez y pacto que nos ha caracterizado tantas veces en el pasado?●

Joana Bonet



‘La vie en noir’

No puedo dejar de mirar la portada de la última novela de Michel Houellebecq, que aún tengo entre los libros de la mesilla de noche, *Sumisión*, una de las lecturas de verano coincidentes entre nuestros políticos. La torre Eiffel se estampa sobre el azul con un golpe de atardecer, y en él refulgen, recortadas en amarillo, la luna creciente y la estrella, que en el islam significan soberanía, nobleza, victoria y divinidad.

Su publicación coincidió con el atentado contra *Charlie Hebdo*, por lo que el escritor suspendió la promoción y desapareció: todo tan rocambolesco como el personaje y su obra. Regresó para llorar a su amigo Bernard Maris, fallecido a manos de los extremistas islámicos que quisieron quebrar los lápices de la libertad, los mismos con los que sí se dibujan chistes sobre el Papa o el Dalái Lama. “No tomo partido, no defiendo ningún régimen. Deniego toda responsabilidad. He acelerado la historia, pero no puedo decir que sea una provocación, porque no digo cosas que considere falsas sólo para poner nerviosos

La noche del pasado viernes, la torre Eiffel lucía a destiempo sus ‘paillettes’. París ensangrentado

a los demás”, anunció el escritor en su reaparición. Su política ficción corta el aire: el laicismo acaba escurriéndose por los desagües del nuevo orden establecido. En la Universidad Islámica de París-Sorbona, los profesores, mejor pagados que nunca, pasean felices su nuevo estatus de polígamos, y las estudiantes, cubiertas con velos blancos avanzan por el claustro en corrillos, de tres en tres, entregadas a las proclamas de sus ayatolás: “La cumbre de la felicidad humana reside en la sumisión más absoluta”.

La noche del pasado viernes, la torre Eiffel lucía a destiempo sus *paillettes*. París ensangrentado. En el Estadio de Francia, en el barrio bohemio y *trendy* de la República, iban cayendo los cadáveres al grito de “Alá es el más grande”. En el Bataclan, en medio de un concierto, mudando risas y acordes en cenizas. Terrorismo real igual que en las series, como un acto de destrucción real y simbólica.

Tocan París y nos tocan a cada uno de nosotros. Porque de la ciudad de la luce penden valores que el imaginario colectivo ha relamido en todas sus variantes. La enciclopedia y el chic. El pollo asado del café Flore, con sus mesas existencialistas. Monet, Piaf, Proust, Chanel, Truffaut o Mitterrand. Los salones del XVIII y de los mayos de los estudiantes. El moho de la librería Shakespeare & Co, las *maisons* de la Avenue Montaigne, los terciopelos rojos del café Coste, los tesoros de Les Puces, los besos enroscados de Rodin, los afiches del Olympia, las pelucas platino de las chicas del Crazy Horse. Son los franceses y las francesas con su baguette, su periódico y sus lilas, acostándose bajo el toque de queda en pleno siglo XXI. Con el grito ahogado de la libertad. Contra la sumisión a la barbarie.●

Juana Gallego Ayala

Guerra simbólica a las mujeres

No hay actualmente nada que tenga tanto poder de penetración social como lo que se transmite a través de los medios de comunicación, tanto en los antiguos como en los nuevos (redes sociales, internet). Y en todos ellos se ha instalado una guerra *simbólica* contra las mujeres. El campo de batalla son los medios; el arma fundamental, la publicidad, y el objeto que abatir, el cuerpo femenino.

El único modelo actual de mujer corresponde a una chica joven, delgada y atractiva según el canon de belleza contemporáneo, y toda aquella que no se ajuste a ese modelo ideal está condenada al ostracismo. Sí, ya sé que algunas em-

presas han hecho campañas con modelos no estándar (una enfermedad de la piel, sobrepeso o de la tercera edad), pero creo que esos ejemplos continúan siendo una excepción que busca más el efecto *exótico* y en ningún caso una normalización de la diversidad de mujeres realmente existentes. No hace falta poner un modelo coja o ciega para decir que se está potenciando la diversidad, pues, con todos los respetos, esos son ejemplos no representativos del grueso de la sociedad.

Para decir que se está realmente comprometido con cambiar el modelo ideal y único lo que hace falta es que aparezcan mujeres de toda edad y constitución; mujeres y niñas reales que conforman la sociedad y sobre las cuales recae la abrumadora presión de intentar alcanzar ese

modelo ideal, por otra parte inaccesible.

El Photoshop ha venido a empeorar el estado de cosas, pues no sólo hay que ser joven, sino parecerlo: aunque las mujeres hayan pasado los cincuenta siguen aparentando que tienen treinta. ¿Y por qué se ha recrudecido esta guerra sin cuartel? Desde mi punto de vista, porque cuando la sociedad ha alcanzado un cierto nivel de igualdad formal, cuando la educación es bastante paritaria, cuando las familias ya no educan de manera tan desigual la discriminación se ha trasladado al campo de lo simbólico: las ideas, los valores, las creencias, todo aquello en que es imposible legislar ni introducir mecanismos de corrección. Un campo de batalla sin reglas donde domina un ejército de modelos de mentira y cuyas víctimas son las mujeres de verdad.●

J. GALLEGO AYALA, coordinadora del máster Género y Comunicación, profesora de la UAB